

MONADOLOGÍA

LAS UNIDADES PRIMORDIALES DE LA CREACIÓN

EN BUSCA DE LA PARTÍCULA ELEMENTAL

Desde el inicio de los tiempos, el hombre siempre se ha preguntado por la naturaleza de la realidad. «¿De qué se compone todo lo que existe?» «¿Cuál es el principio de todas las cosas?» «¿De qué está hecho el universo?» Todas ellas fueron algunas cuestiones que los primeros filósofos griegos trataron de responder, en su búsqueda por el *arjé*, como lo llamaron: el principio u origen de todo lo que existe. Algunos trataron de encontrar la respuesta en los elementos: agua, fuego, tierra y aire; otros dieron un paso más allá y buscaron las respuestas en sustancias menos ordinarias: el *ápeiron*, los números, el éter, los *átomon*...

Este interés existente en los sabios de la antigüedad por el principio u origen de todo de rivó rápidamente, durante los siglos posteriores, en cuestiones mucho más triviales, pues se pasó de algo tan trascendental como buscar el origen primigenio de todo lo que existe a investigar la composición y el funcionamiento de la materia de la que estamos hechos, dando por hecho, en líneas generales, que la naturaleza de nuestra realidad es esencialmente material y centrándose la mayor parte de los estudios e investigaciones en cuestiones puramente materiales. Por este motivo, la concepción sobre la realidad ha sido durante siglos predominantemente materialista, pero, ¿qué es la materia?

La materia siempre se ha concebido como algo compacto, denso, sólido e inerte, con la propiedad de tener masa y volumen, y por ello, de ocupar un espacio. Desde esta definición, se desarrollaron a lo largo del siglo XVII y XVIII las bases de la física mecanicista o newtoniana, mostrándonos al universo como un mecanismo perfecto, constituido por elementos físicos e inertes funcionando como un preciso engranaje.

Etimológicamente, la palabra materia procede del latín *materia*, cuya raíz procede de *mater* (madre). Por lo tanto, materia significa, en origen, “sustancia matriz”, elemento madre o primigenio a partir del cual se compone todo lo que existe. Y esta ha sido durante milenios la principal concepción sobre la materia: la sustancia primordial de la que estaban hechas las cosas. Sin embargo, los últimos avances e investigaciones en física cuántica han ofrecido una “nueva” visión sobre la materia; visión que, en realidad, es mucho más antigua de lo que pudiera parecer...

En la Antigua Grecia, durante el siglo V a. C, surgieron varios filósofos y teorías que suelen denominarse “atomistas”. Para los atomistas, entre los cuales destacan Leucipo, a quien se considera fundador de esta doctrina, y Demócrito de Abdera, discípulo de aquel y continuador de la misma, la realidad estaba constituida por elementos indivisibles a los que llamaron *átomon* (*a-*, sin; *tómos*, partes, secciones, divisiones), que vendría a significar algo así como “lo que no se puede dividir o partir”. Estos “átomos”, que se desplazaban por el vacío y que se consideraban eternos, inmutables, indestructibles y de un tamaño tan pequeño que les hacía imperceptibles o invisibles al ojo humano, constituían la base de la materia y de sus diversos estados, según la agrupación o estructuración de los mismos.

Desde otro punto del planeta y mucho tiempo antes, en el siglo VII a. C., otro sabio de la India llamado Kanada, fundador de una escuela de pensamiento conocida como *vaisheshika*, postulaba también la existencia de elementos indivisibles, indestructibles e infinitamente pequeños, a los que se llamó *paramanu*, como constituyentes básicos y primarios de la realidad.

Las ideas de que hay elementos fundamentales que componen todo lo que existe y de que estos elementos se conservan –no se crean ni se destruyen, solo se mueven y se transforman, creando las múltiples estructuras de todo lo que existe en el universo– no son nuevas, ya estaban postuladas desde los inicios de nuestra historia. Sin embargo, por razones que merece la pena reflexionar, cayeron en el más profundo olvido.

Hubo que esperar mucho tiempo para que las ideas sobre las partículas fundamentales fueran rescatadas del olvido colectivo y recuperaran su vigencia. Así fue como, en el siglo XIX, John Dalton postuló su teoría atómica, tomando el concepto y la idea general de “átomo” de la filosofía griega. Este descubrimiento –o, mejor dicho, redescubrimiento– sobre los átomos, realizado esta vez mediante procedimientos científicos, puso en entredicho todas las concepciones que durante cientos de años se habían tenido sobre la materia. Ahora la materia no se percibía como algo sólido y compacto, pues pasaba a estar formada por partes más pequeñas e indivisibles. Materia era todo aquello formado por átomos.

A partir de ese momento, y abierto un nuevo sendero hacia el “mundo de los átomos”, nuevos descubrimientos a lo largo del siglo XX fueron sucediéndose. Pronto se vio que los átomos, en realidad no eran indivisibles, sino que estaban formados por partículas más pequeñas, *partículas sub-atómicas*. Así, llegó al conocimiento de la humanidad el *electrón*, el *protón* y el *neutrón*.

Lo cierto es que hasta principios del siglo XX los átomos se concebían también desde una óptica mecanicista, ya que se consideraba al átomo como un objeto sólido, como una pequeña esfera o “bola”, formada por un núcleo de protones y neutrones alrededor del cual orbitaban los electrones (todas ellas “bolas” de menor tamaño), de una forma similar al movimiento de los planetas alrededor del Sol, como un reflejo a nivel microscópico de las reglas y el funcionamiento de lo macroscópico.

A medida que los físicos profundizaron en los componentes básicos de la materia a través de numerosos experimentos, fueron encontrándose nuevas partículas que difícilmente podían calificarse como “cuerpos materiales”. La idea de materia como un bloque sólido y compacto se desvaneció por completo; ahora era considerada como algo completamente mutable, cambiante e incierto, sin ni siquiera certidumbre de existir en un lugar concreto del espacio, sino como algo “tendente” a existir; una materia formada por partículas infinitesimales con una masa tan sumamente pequeña e inconmensurable que apenas se podrían considerar “materiales”. Así se llegó hasta lo que, a día de hoy, la ciencia oficial considera el *modelo estándar*, una teoría que describe los supuestos constituyentes últimos y fundamentales de la materia, las llamadas *partículas elementales*, “las verdaderamente indivisibles” –pues todavía no han encontrado que estas partículas estén formadas por la unión de otras partículas más pequeñas–: los *quarks*, los *leptones* y los *bosones*. Observando el

transcurso de los acontecimientos, es previsible que dentro de un tiempo sea descubierta otra partícula, a la que pondrán cualquier otro nombre terminado en *-ón*, y dirán que esa es la verdaderamente indivisible y elemental, teniendo que reajustar una vez más sus teorías para adecuarlas a la realidad, cuyos postulados tambalean con cada nuevo descubrimiento.

En cualquier caso, lo relevante aquí es que, con cada nuevo descubrimiento de partículas sub-atómicas o “elementales”, la definición de materia se fue modificando. De este modo, se pasó de una definición “sólida” y mecanicista a una definición “energética” y cuántica, pues de ser la definición más extendida la de «*materia es todo aquello que tiene masa y ocupa un volumen en el espacio*», se pasó a «*materia es todo aquello formado por partículas cuánticas*»; partículas que son puramente energía y que bien podrían asociarse a las cualidades de los *átomon* griegos o de los *paramanu* hindúes: indivisibilidad (partículas elementales), invisibilidad (de un tamaño tan extremadamente pequeño que apenas pueden considerarse que tengan masa o tamaño real), eternidad (siempre han existido y constituido todo lo que existe en el universo), indestructibilidad (lo que en física se denomina el *principio de conservación de la energía*, pues las partículas no se crean ni se destruyen, solo se transforman, creando las múltiples estructuras, configuraciones y estados posibles de la materia) e incluso la concepción griega de que los átomos se mueven por el vacío (como postula la teoría de la relatividad de Albert Einstein en relación a los *fotones* o partículas de luz), aunque este último punto habría que matizarlo, pues no existe un *vacío* como tal en el sentido que el término puede sugerir.

«Nada nuevo bajo el sol». Como siempre, lo que ya se conocía de sobra en la antigüedad por otros métodos y sistemas, sin necesidad de poner a prueba, comprobar y verificar empíricamente y de manera constante el conocimiento mediante procedimientos hipotético-deductivos y tecnológicos, reaparece siglos después en forma de “novedad” o “descubrimiento”, es introducido por métodos que se ajustan más a los tiempos actuales, se “avala científicamente” y termina calando y enraizando en la psique colectiva, siendo, ahora sí, aceptado por todos y pasando a formar parte de un paradigma global sobre el que se asienta el conocimiento de la humanidad.

No obstante, aunque parece existir cierto retorno al origen en lo que respecta al entendimiento de la naturaleza de la realidad, la pérdida espiritual a lo largo de los siglos ha sido enorme. Según han ido avanzando los modelos de partículas, se ha ido perdiendo la “magia” de las mismas, pasando a modelos cada vez más desprovistos de consciencia. Los modelos griegos o antiguos primigenios, aunque en apariencia simples o demasiado primitivos, conservaban lo más importante, la consciencia de las formas de la Creación, la magia de la vida consciente. Los modelos científicos actuales, aunque mucho más técnicos y precisos, son carentes de esa pieza fundamental, lo que los convierte en simples teorías sin vida. Mientras las partículas cuánticas se vean como elementos inertes, puramente físicos y carentes de consciencia, la humanidad permanecerá estancada sin poder comprender el verdadero funcionamiento de la realidad.

Con la revolución cuántica, presenciamos “el mayor descubrimiento del siglo”: que la materia y la energía están entrelazadas, pues los constituyentes fundamentales que forman

la materia, las partículas cuánticas, en última instancia, son energía; que la materia está formada por energía, por "cuerpos" y elementos inmateriales y puramente energéticos.

VIAJE AL INTERIOR DE LA MATERIA

¿De qué está hecha la realidad? ¿Cuáles son los constituyentes últimos que forman todo lo que existe? ¿Hay alguna partícula verdaderamente elemental o indivisible de la que surgen todas las demás?

Para responder estas preguntas, intentaremos realizar un fascinante viaje hacia las profundidades de la materia, la energía y la consciencia, trascendiendo los límites a los que ha llegado la física cuántica, adentrándonos en los confines del mundo cuántico y en las bases constitutivas de todo cuanto existe en este universo: las partículas elementales de la Creación.

Desde el postulado filosófico del átomo por Demócrito y su maestro Leucipo en el siglo V a.C. hasta el descubrimiento científico del mismo por parte de Dalton en el siglo XIX pasaron más de 2000 años. A partir de entonces, los científicos han estado investigando las piezas más pequeñas en las que se descompone la materia, buscando los "ladrillos" que forman todos los elementos de nuestra realidad. En esa búsqueda por las partículas elementales o los constituyentes últimos de la realidad se han ideado varios modelos atómicos que han ido, en teoría, mejorando con el tiempo, hasta llegar a lo que actualmente denominan modelo estándar de la física de partículas que, aunque está incompleto, es el más completo hasta la fecha para explicar de qué se compone la materia.

Si tomáramos nuestro cuerpo físico como objeto de estudio e hiciéramos un viaje hacia su interior, imaginando que tuviéramos el microscopio más preciso jamás fabricado, con la capacidad de alcanzar las "piezas" más ínfimas de la materia del universo, nos encontraríamos durante el trayecto con elementos cada vez más pequeños en magnitud. Lo primero que encontraríamos al aumentar la visión con el microscopio serían los tejidos de nuestra piel. Si seguimos acercándonos, podríamos observar las células con todos sus componentes (el núcleo, las mitocondrias, la membrana, etc.). Al incrementar los aumentos, veríamos las largas cadenas de moléculas que forman las células, con sus elementos químicos unidos por diferentes tipos de enlaces. Si nos centráramos en una de esas moléculas y siguiéramos aumentando, nos encontraríamos con un átomo, formado por su núcleo de protones y neutrones y los electrones orbitando alrededor del núcleo. Si, finalmente, miráramos a través de uno de los protones o neutrones del núcleo del átomo veríamos que están compuestos por tres partículas aún más pequeñas: los quarks.

Los quarks son el límite al que ha llegado nuestra ciencia, las partículas más pequeñas que han encontrado los científicos hasta la fecha. Supuestamente estas son las partículas elementales, los bloques más pequeños de la materia, ¿pero realmente esto es así? ¿Qué encontraríamos si siguiéramos introduciéndonos en el "interior" de los quark? ¿Qué veríamos si siguiéramos descendiendo a escalas aún más pequeñas de la materia? ¿Existen partículas más "pequeñas" que el quark y contenidas dentro de ellas?

A partir de aquí entramos en un universo completamente desconocido, donde hablar de magnitudes pierde todo sentido, donde nada responde a una lógica o razonamiento lineal, pues cruzamos los límites de la física para adentrarnos en lo que está “más allá”, la metafísica de la Creación.

MONADOLOGÍA

«Las mónadas son espejos indestructibles del universo.»

En su obra *Monadología* (1714) —del griego, *monas*: unidad; y *logos*: ciencia, estudio, tratado; por tanto, “Tratado de las Mónadas” o “Estudio de la Unidad”— el filósofo alemán Leibniz (1646-1716) describió una serie de “entidades” o “sustancias simples” que denominó *mónadas*, átomos —en el sentido etimológico del término de “sin partes”— metafísicos, unidades indivisibles *inextensas* (inmateriales) que constituían las bases formales (materiales) de la realidad y a las que atribuía ciertas propiedades y características, como la *fuerza interior* que les impulsa al dinamismo y movimiento espontáneo, la *apetición* (tendencia o necesidad de cambiar o mutar ante determinadas circunstancias) o la *apercepción* (consciencia de sí mismas o autoconsciencia).

Unos años más tarde, esta vez un científico ruso, Mijaíl Lomonósov (1711-1765), volvió a hablar de las mónadas en un contexto más materialista, definiéndolas como los *corpúsculos* (partículas) de la materia.

La idea de una partícula metafísica indivisible y autoconsciente que constituye los fundamentos esenciales de todo cuanto existe, desde un estado expandido de consciencia, resuena como una verdad en el interior de aquellas mentes inquietas intentando dar una explicación al universo en el que habitan y del que forman parte.

Para intentar desarrollar esto de un modo medianamente entendible, primero debemos proyectarnos hasta el lugar más elevado al que nuestra consciencia puede aspirar: el Origen, la Fuente de todo lo Creado e Increado.

Imaginemos la Fuente, no como un “ser” omnisciente, omnipresente y omnipotente, sino como un *mecanismo* con esas mismas capacidades, una enorme fábrica generadora de Vida, Energía y Consciencia. Esta Fuente es la encargada de diseñar, fabricar y generar de forma incesante las partículas originales que serán proyectadas a todos los universos, conformando el sustrato primigenio que dará lugar a todas las formas de materia conocida y desconocida en toda la Creación. Si viéramos a la Creación como un inmenso océano, estas partículas — que en adelante denominaremos *unidades primordiales de la Creación* (upC)— serían sus gotas, siendo estas la totalidad del espacio de la Creación, un *continuum* de infinitas upC, al igual que el agua del océano es un campo continuo “sin huecos vacíos”, pero conformado por una miríada de gotas que aglutinadas forman la totalidad del agua del océano.

Estas unidades (indivisibles) primordiales (originales, primitivas, esenciales) que la Fuente genera contienen en sí mismas, de manera latente, inactiva y potencial, todas las cualidades de su mismo “creador”, formando un sustrato omnipresente (presente en todas partes),

omnipotente (capaz de manifestarse en cualquier posibilidad) y omnisciente (unidades autoconscientes de sí mismas y de las demás unidades) que todo lo permea e impregna, como un fluido metafísico con la capacidad de adaptarse o manifestar de forma instantánea y simultánea, según la consciencia de la propia partícula decida, cualquier tipo de materia, energía, espacio, dimensión o realidad. Podría decirse de estas partículas que son *potencialidades* con la capacidad de colapsar o manifestarse en cualquier estado existente dentro de los confines de la Creación, pues contienen la infinitud dentro de su “finitud” infinitesimal.

El estudio de estas partículas debe abordarse desde el amplio y complejo terreno de las ciencias de horizonte, dentro de campos desconocidos para el hombre como la metafísica de partículas, las matemáticas de torsión dimensional y otras disciplinas en las que la humanidad no ha sido instruida por proceder estas de fuera de esta realidad, lo que dificulta considerablemente su comprensión, precisamente, por su misma naturaleza metafísica, que le confieren características contraintuitivas, paradójicas y contrarias a toda lógica, como empezamos a comprobar a través de los experimentos de física cuántica.

Para poder aproximarnos mínimamente a su estudio, y dado que no tenemos los conocimientos necesarios ni los parámetros adecuados para explicar su auténtica naturaleza metafísica, acotaremos su explicación a analogías tridimensionales, a sabiendas de que no estamos siendo fieles a la verdad y que la realidad es bastante más compleja de lo que aquí se expresa.

Sin entrar en detalles, podría decirse que la agrupación de las upC en diversos tipos de clústeres da lugar a una diversidad de partículas que constituyen los bloques de diferentes tipos de materia. Acotando a la materia conocida por el hombre, la que forma nuestros cuerpos biológicos, órganos, huesos, células o moléculas, las partículas cuánticas y subatómicas que conocemos son el resultado de una agrupación o conglomerado de upC ordenado y organizado de forma específica que “genera” o da lugar a los quarks, bosones, fotones, electrones o cualquier otra de las partículas estudiadas por nuestra ciencia.

Podríamos imaginar a las upC como “esferas energéticas” de una “escala” tan ínfima que en realidad perdería todo sentido hablar en términos de magnitud, pero que nos sirve para crear una forma mental concreta. En su composición interna, las upC están formadas por una tríada vectorial, tres vectores que posibilitan que cada partícula tome una dirección, un sentido y una orientación que marca una diferencia angular —es decir, se puede “medir” la separación, distancia o diferencia en 360° — si es comparada con respecto al vector, fuerza o dirección de otra partícula.

Estos tres vectores proporcionan a las upC sus curiosas propiedades, pues cada uno de ellos representa y expresa unos atributos que cada partícula contiene como potencialidad de manifestar.

De forma intrínseca, cada upC tiene *cargas* o *polaridades* (positiva-neutra-negativa), así como *fuerzas* (activa-equilibrante-pasiva o creadora-mediadora-receptora) pudiendo relacionar cada uno de sus vectores internos con cada una de estas cargas y fuerzas. Según su configuración u orientación vectorial, las upC pueden manifestarse como partículas

positivas, negativas o neutras, siendo estas el producto de la variación de los ejes de los vectores angulares en el interior de la partícula, inhibiendo unos para que prevalezcan otros, cancelando dos para que solo se expresa una polaridad, balanceando las fuerzas internas para mantenerlo en equilibrio, etc. El número de combinaciones entre los tres vectores de una upC y entre las agrupaciones de estas es infinita desde nuestra percepción, hecho por el cual las upC pueden manifestarse en cualquier expresión y forma de materia, energía o consciencia, con cualquier tipo de carga, fuerza o cualidad.

Vemos en lo descrito varias similitudes con las mónadas de Leibniz, pues esa “fuerza interior” que él atribuía a estas partículas tiene una clara relación con los vectores, pues estos son las fuerzas internas que proporcionan el dinamismo y movilidad de la partícula, es decir, la dirección del vector. De igual modo, aquello que describía como “apercepción” con la curiosa frase de que «*las mónadas no tienen puertas ni ventanas*», como si existieran en un perpetuo estado de “ensimismamiento”, refleja la idea de que no tienen que “mirar” al exterior, son una creación aislada de la misma Creación que paradójicamente tiene la capacidad de crear lo que está en ella, pues contienen en su interior todo lo que necesitan, la capacidad de manifestar cualquier tipo de materia, energía o consciencia, pues albergan toda la potencialidad de la Creación.

Además de sus cargas y sus fuerzas, también podemos relacionar estos tres vectores con la tríada consciencia-energía-materia, lo que significa que toda upC siempre tiene en estado latente, en potencia, estos tres atributos o cualidades, que se expresan, se actualizan o tienen la posibilidad de manifestarse, en diferentes niveles o grados de desarrollo, en cierto tipo de materia, cierto tipo de energía con un tipo de carga u otra y en cierto grado de consciencia.

El grado de consciencia de una partícula lo proporciona la interacción con el resto de las upC que conforman el entramado y sustrato cuántico de la Creación que todo lo permea e impregna, su nivel de energía lo proporciona el *spin* o la velocidad de rotación sobre sí misma, y el tipo de materia es una consecuencia de lo anterior, pues a menor velocidad de giro mayor densidad o compactación frecuencial.

Todo es consciencia, energía y materia, aunque podríamos reducirlo a todo es consciencia y energía, pues la materia no deja de ser una forma de energía. En cualquier caso, tampoco sería incorrecto añadir la parte material, ya que en el fondo todo está hecho de algún tipo de materia, más o menos sutil, conocida o desconocida por nosotros.

Por tanto, toda upC tiene consciencia, tiene energía y tiene la capacidad de crear materia, pero no en el mismo nivel y grado de desarrollo. Podría decirse que hay una jerarquización en la expresión de esos atributos dentro de la upC en función de las formas, componentes o estructuras que va a crear y que rige cuál de ellos prevalece sobre el resto. Así, por ejemplo, no es igual la composición interna de una upC que va a formar una roca o una flor, que una que va a formar las esferas mentales o las que van a servir de sustrato para el entramado etérico del planeta. Para una roca, es necesario que en la combinación de los vectores de las upC que van a formar las partículas de esa roca, sea el aspecto materia el que predomine sobre el resto, pues no es necesario que posean demasiada energía ni un nivel de consciencia alto, al ser las rocas bloques inertes que sirven de base para construir otros elementos. En cambio, para las partículas más sutiles a nuestra percepción que forman el entramado

etérico del planeta o una esfera mental, sí es necesario que en la composición interna de la upC los aspectos de energía y consciencia sean predominantes, mientras que su aspecto materia tiende a cero, pues para la función que van a realizar no es necesario que esas partículas sean tangibles.

La configuración de cada partícula está determinada por el uso o función que va a tener, en función del entramado o espacio en la que se va a ubicar, y como los aspectos de consciencia, energía y materia están presentes en cada upC y son intercambiables entre sí, cualquier upC puede ser reajustada para formar parte de cualquier punto de la Creación solo variando la orientación de sus vectores internos.

EL CONTINUUM Y LOS FENÓMENOS CUÁNTICOS

Las upC son las partículas más “pequeñas” con consciencia e individualidad propia y tienen un mecanismo o flujo de retroalimentación consciente con el resto de upC, es decir, toda partícula está constantemente “comunicándose” con el resto de partículas que forman el entramado, siendo consciente de ella misma y de las demás con las que interacciona en ese *continuum* que mencionábamos anteriormente.

Este *continuum*, formado por infinidad de upC, podría definirse como el campo “cuántico” unificado de la Creación que todo lo penetra, envuelve e impregna, proporcionando el sustrato base para la formación de cualquier tipo de entramado espacio-temporal, con sus dimensiones, materia y energía correspondientes. Sería algo equiparable a lo que es el agua para el pez, con la diferencia de que este campo (agua) del que hablamos no es solo la totalidad del entramado por el que el pez se desplaza, sino también de lo que está formado el propio pez y el resto de elementos del océano. En otras palabras, es el sustrato primordial de unidades primordiales que forman todo lo creado.

En el *continuum* primordial existen y “conviven” de forma simultánea múltiples realidades y entramados espacio-temporales superpuestos. Esto es posible por las características de las upC, capaces de ajustar su orientación vectorial para adquirir otras propiedades, posibilitando que convivan en un mismo espacio infinitesimal varias partículas que son el sustrato para dos tipos de realidades simultáneas que pueden existir en el mismo lugar donde nos encontramos ahora mismo. Por esta razón decíamos que cada upC puede expresar, orientar y ajustar sus vectores en multitud de combinaciones y configuraciones, siendo el sustrato para la formación de distintos tipos de materia o energía coexistiendo en diversos entramados espacio-temporales sin que se “molesten”, cancelen o solapen entre sí.

Esto explica muchos de los fenómenos observados en los experimentos de física cuántica realizados en las últimas décadas. La dualidad onda-partícula, el entrelazamiento cuántico, el principio de incertidumbre y otros comportamientos extraños percibidos en partículas sub-atómicas que contradicen las leyes de la física newtoniana y desafían toda lógica aparente, tienen su explicación y sentido desde esta nueva visión, al comprender, al menos de forma básica y general, el funcionamiento interno de las upC, pues todas estas situaciones están relacionados con su reajuste vectorial, ya que al orientarse sus vectores de determinada manera, pueden colapsar en estado de onda o de partícula, producir un tipo de materia u

otra, una cantidad de energía con un tipo de carga u otra, un incremento en el aspecto consciencia de algo, aparecer y desaparecer de un espacio, cambiar de realidad, saltar en el tiempo, interactuar de forma simultánea con otras partículas a distancias lejanas, estar en dos sitios a la vez y en ninguno, etc.

La interconexión y flujo de retroalimentación consciente entre todas las upC en ese nivel del *continuum* hace que estén continuamente actualizadas y conectadas en tiempo real, transmitiendo la información que cada una de ellas tiene al resto de forma simultánea, sin importar la distancia física en kilómetros o años luz que exista entre ellas.

Eso que la ciencia llama entrelazamiento cuántico es la comunicación del flujo consciente entre unas upC y otras (o entre otras partículas de mayor magnitud, como electrones por ejemplo, por la agrupación de upC) y podría explicarse como una “clonación” en todos sus aspectos de una upC o agrupación de ellas, manteniendo su formato y configuración sin posibilidad de distinguirlas, pues desde este nivel, para ir de un punto a otro del universo no es necesario desplazarse linealmente, sino “moverse” u orientarse desde el interior de las partículas, reorientando sus vectores para emerger inmediatamente en otro punto, como se muestra en las películas, series o libros de ciencia ficción con tecnologías de portales de salto y teletransportación, “clonando” a través del entramado espacio-temporal las partículas que forman al sujeto para “reconstruirlo” en otro punto, sin necesidad de que sus partículas se mueven o desplacen por el universo.

Este mecanismo también posibilita que varias partículas cuánticas se encuentren en estado latente, esperando ser manifestadas en una realidad u otra, como se describe en el experimento del gato de Schrödinger, donde coexisten dos realidades simultáneamente y solo una de ellas se materializa a nuestra observación, pues las upC mantienen ambas realidades existiendo de forma simultánea. El hecho de que solo se pueda medir u observar una propiedad, estado o posición de una partícula, o de un experimento como este del gato, como describe el principio de indeterminación de Heisenberg, es un mecanismo realmente complejo, ya que es esta continua interconexión entre upC la que provoca situaciones anómalas, pues son las upC las partículas que forman al científico y a sus pensamientos, las que forman sus instrumentos de medición y tecnologías, las que forman el espacio donde se está llevando a cabo el experimento, las que forman las partículas cuánticas que está intentando analizar. Todo está hecho de upC, por lo que al intentar medir o determinar alguna propiedad en el experimento, toda la realidad está cambiando por la actualización simultánea de las partículas que forman dicha realidad y que están interviniendo en la realización del experimento. Así, cuando se intenta medir la posición de una partícula, el resto de parámetros quedan suspendidos, hasta que la intención de medir otros por la consciencia del observador altera la realidad del experimento por interferir con las upC, que a través de su interconexión cambian la realidad, reconfigurando sus vectores, deshaciendo y borrando la estructura con la que estaba configurada la realidad anterior para esa medición, por lo que ya no está disponible para medirla de nuevo, perdiendo la posibilidad de conocer simultáneamente ambos parámetros.

Sería interesante profundizar en otro momento qué relación tiene la tríada vectorial con otros aspectos que también tienen su manifestación en la forma de tres relacionados con las

ciencias conocidas en la materia. Por ejemplo, las tres partículas que forman el átomo (protón, neutrón y electrón), los tres parámetros para medir el tiempo (pasado, presente y futuro), los tres principios de las leyes de Newton (acción, reacción e inercia) o en química, los valores para medir el potencial de hidrógeno (pH) de una sustancia (ácido, alcalino y neutro).